

## Librerías de viejo

■ Según un antiguo proverbio chino, la vida de un hombre no está completa mientras no haya tenido un hijo, escrito un libro y plantado un árbol.

La sabiduría oriental es desafiada, sin embargo, por el pragmatismo de Occidente: Al menos, en sus dos terceras partes. Desde hace un tiempo, la llamada explosión demográfica ha alentado una serie de medidas tendientes al control de la población que desincentiva la noble función procreadora. En cuanto a lo de plantar un árbol, da la impresión de que en Occidente el proverbio chino hubiese sido entendido al revés. Cada día las reservas forestales van mermando sin que se repongan con la misma celeridad, limitándose las áreas verdes en las zonas urbanas y creándose un desequilibrio ecológico en las rurales difícil de compensar.

La parte más difícil de cumplir del proverbio oriental es la que parece haber sido acogida con más entusiasmo en Occidente. Nadie parece quererse morir en esta parte del mundo, sin antes haber escrito un libro o, siquiera, un folleto. Esta fecundidad literaria ha dado paso a la formación de una institución que uno puede encontrar, por igual, en Europa, Sudamérica y, por cierto, Norteamérica: la de las librerías de viejo.

Quien ingrese a estos establecimientos, pronto comprobará la injusticia de su denominación. Los libros allí acumulados no son necesariamente aquellos que se han desgastado con el tiempo, que después de ser leídos una y otra vez por su primer propietario, éste se ha desprendido de ellos. Llama la atención en toda librería de viejo que se respete, la enorme cantidad de libros cuya virginidad se aprecia en el hecho que no se hayan abierto los pliegos de sus hojas. Eso sí, en su gran mayoría, esos libros llevan la dedicatoria del autor escrita de su puño y letra alabando al destinatario y haciéndole entrega de la expresión y concreción de las in-

quietudes literarias del autor. A la postre, el imprevisto presente, después de irse guardando en gavetas, desvanes o closets, sale con destino, por misteriosos caminos, a la librería de viejo develando la ingenuidad del donante y la ingratitud del receptor.

Porque la librería de viejo es, en definitiva, la sala de exhibición más dramática de la ambición del hombre por trascender, de su frustración en el intento, de su necesidad nunca satisfecha de comunicar lo que le escuece en el fondo del espíritu.

Poemas de amor escritos con dolor y con esperanzas, ensayos en que sus autores creyeron hacer un aporte a la solución de agudos problemas, cuentos en los que se trató de aprisionar experiencias y sensaciones vividas, permanecen en los anaqueles de las librerías de viejo como testimonio de los sueños que los hombres se forjan y que la realidad dura y hostil los obliga a desechar.

Y junto a esos libros que nacieron muertos, que circularon apenas entre amigos y conocidos sin que tuvieran la resaca de una lectura atenta, están los otros, los auténticos libros viejos, las novelas que fecundaron por largo tiempo la imaginación de sus dueños o los textos de estudio donde se quemaron tantas pestañas y que, ante un apuro de dinero, terminaron ahí, vendidos y comprados por un puñado de monedas.

Hijo, árbol y libro, las tres tareas que los chinos daban al hombre para cumplir antes de que la muerte los sorprendiera, indican tres formas diferentes para que el hombre no desaparezca del todo después de su muerte. De las tres, el libro es la que más claramente apunta a ese objetivo. Por eso, su fracaso resulta tan dramático.

Las librerías de viejo suelen dar testimonio de él.

PARTIQUINO